

El ojo existe en estado salvaje. Las Maravillas de la tierra a treinta metros de altura, las Maravillas del mar a treinta metros de profundidad apenas tienen por testigo el ojo hoso que para los colores lo refiere todo al arcoíris. Preside el intercambio convencional de señales que exige, al parecer, la navegación del espíritu. ¿Pero quién levantará la escala de la visión? Hay lo que he visto ya muchas veces, y lo que otros igualmente me han dicho que ven, lo que creo poder reconocer, ya sea que no me apegue a ello ya sea que me apegue, por ejemplo, la fachada de la Ópera de París o bien un caballo, o bien el horizonte; hay lo que sólo he visto muy rara vez y que no siempre he escogido olvidar, o no olvidar, según el caso; hay lo que por más que lo mire no me atrevo nunca a ver, que es todo lo que amo (en su presencia tampoco veo lo demás); hay lo que otros han visto, dicen haber visto, y que por sugestión logran o no logran hacerme ver; hay también lo que veo de manera diferente de como lo ven todos los demás, e incluso lo que empiezo a ver *que no es visible*. No es eso todo.

A estos diversos grados de sensaciones corresponden realizaciones espirituales bastante precisas y bastante distintas para que se me permita conceder a la expresión plástica un valor que en cambio no cesaré de negarle a la expresión musical, la más profundamente confusional de todas.¹ En efecto, las imágenes auditivas quedan por debajo de las imágenes visuales no sólo en nitidez, sino también en rigor y, aunque no les guste a ciertos meló-

¹ Mozart declaró, en su lecho de muerte, que "empezaba a ver lo que podría realizarse en música" (Poe).

manos, no están hechas para fortalecer la idea de la grandeza humana. Que la noche siga cayendo pues sobre la orquesta y que me dejen, a mí que sigo todavía buscando algo en el mundo, que me dejen con los ojos abiertos, con los ojos cerrados —es completamente de día— en mi contemplación silenciosa.

La necesidad de fijar las imágenes visuales, ya sea que esas imágenes preexistan o no a su fijación, se ha exteriorizado en todo tiempo y ha desembocado en la formación de un verdadero lenguaje que no me parece más artificial que el otro y sobre cuyo origen sería inútil que me detuviese. Cuando más me siento obligado a considerar el estado actual de este lenguaje, así como el estado actual del lenguaje poético, y de recordarle si es necesario su razón de ser. Me parece que puedo exigir mucho de una facultad que, por encima de casi todas las otras, me da ventaja sobre lo real, de lo que se entiende vulgarmente por *lo real*. ¿Qué otra cosa me tiene a su merced en la misma medida que unas pocas líneas, unas pocas manchas coloreadas? El objeto, el extraño objeto mismo toma de allí la mayor parte de su fuerza de provocación y Dios sabe lo grande que es esa provocación, pues puedo comprender a qué tiende. ¿Qué me importa que los árboles sean verdes, que un piano esté en este momento "más cerca" de mí que una carroza, que una bala sea cilíndrica o redonda? Y sin embargo, es así, si me fío de mis ojos, es decir, hasta cierto punto. Dispongo, en tal dominio, de un poder de ilusión cuyos límites, si me fijo un poco, dejo de percibir. Nada se opone, en este momento, a que detenga mi mirada sobre una lámina cualquiera de un libro y de pronto todo lo que me rodeaba ya no existe. En lugar de lo que me rodeaba hay otra cosa, puesto que, por ejemplo, asisto sin dificultad a una ceremonia completamente distinta... En el grabado la esquina del techo y de las dos paredes logra sin esfuerzo sustituirse a la esquina de este techo y de estas paredes. Vuelvo unas páginas y, a despecho del calor casi incómodo, no niego la menor parte de mi consentimiento a ese paisaje de invierno. Me mezclo con esos niños ala-

En Beba, París. An. pto p. 1 (1913-1966)
S XXI. Ed. México D.F. 1977.

dos. "Vio ante él una caverna iluminada", dice una leyenda y, efectivamente, yo también la veo. La veo como no os veo a vosotros, vosotros para quienes escribo y, sin embargo, escribo para veros un día, tan cierto como que viví un segundo para aquel árbol de Navidad, para aquella caverna iluminada, o para los ángeles. Entre esos seres evocados y los seres presentes, ya puede la diferencia seguir siendo sensible, me sucede a cada momento que la echo en saco roto. Así es como me resulta imposible considerar un cuadro de otro modo que como una ventana respecto de la cual mi primera preocupación es saber adónde *da*, dicho de otra manera, si desde donde estoy "la vista es hermosa", y nada me gusta tanto como lo que se extiende ante mí *hasta perderse de vista*. Disfruto, en el interior de un marco de *n figura, paisaje o marina*, de un espectáculo desmesurado. ¿Qué vengo a hacer allí, a qué mirar fijamente tanto tiempo a esa persona, de qué tentación duradera soy objeto? ¡Pero si es un hombre, al parecer, el que me hace esa proposición! No me niego a seguirle adonde quiera llevarme. Sólo después juzgo si hice bien en tomarlo como guía y si la aventura a que me arrastró era digna de mí.

Ahora bien, lo confieso, he pasado como un loco en las salas resbaladizas de los museos: no soy el único. Por algunas miradas maravillosas que me han lanzado mujeres semejantes en todo a las de hoy, no me he dejado engañar un solo instante por lo que me ofrecían de desconocido esas paredes subterráneas e inquebrantables. He abandonado sin remordimientos adorables suplicantes. Eran demasiadas escenas a la vez sobre las cuales no me sentía en ánimo de jugar. A través de todas esas composiciones religiosas, todas esas alegorías campestres, perdía irresistiblemente el sentido de mi papel. Afuera la calle disponía para mí de mil encantamientos más verdaderos. No es culpa mía si no puedo defenderme de una profunda fatiga ante el interminable desfile de los candidatos a ese premio de Roma en que nada, ni el tema ni la manera de tratarlo, resulta facultativo.

No pretendo con esto dar a entender que ninguna

emoción pueda desprenderse en pintura... de una "Leda", que un sol desgarrador no pueda ponerse en un decorado de "palacios romanos", ni siquiera que sea imposible dar algún aspecto de moraleja eterna a la ilustración de una fábula tan ridícula como *La muerte del leñador*. Pienso únicamente que el genio no sale ganando nada con tomar esos caminos trillados o esas vías desviadas. Semejantes apuestas son cuando menos inútiles. Con nada es más peligroso tomarse libertades que con la libertad.

Pero una vez traspuesto el estadio de la emoción por la emoción, no olvidemos que para nosotros, en esta época, es la realidad misma la que está en juego. ¿Cómo quieren que nos contentemos con la turbación pasajera que nos proporciona tal o cual obra de arte? No hay una obra de arte que resista frente a nuestro *primitivismo* integral en este sentido. Cuando sepa dónde llega a su término en mí la terrible lucha entre lo vivido y lo viable, cuando haya perdido toda esperanza de acrecentar en proporciones asombrosas el campo real, hasta ahora perfectamente limitado, de mis acciones, cuando mi imaginación, replegándose sobre sí misma, no haga ya sino coincidir con mi memoria, me permitiré de buena gana tomarme, como los demás, algunas satisfacciones relativas. Me sumaré entonces a las filas de los bordadores. Los habré perdonado. ¡Pero no antes!

Una concepción muy estrecha de la *imitación*, dada como meta al arte, se encuentra en el origen del grave malentendido que vemos perpetuarse hasta nuestros días. Sobre la fe del hombre que no es capaz sino de reproducir con más o menos acierto la imagen de lo que le conmueve, los pintores se han mostrado excesivamente conciliadores en la elección de sus modelos. El error cometido fue pensar que el modelo no podía tomarse sino en el mundo exterior, o incluso tan sólo que podía tomarse allí. Sin duda la sensibilidad humana puede conferir al objeto de apariencia más vulgar una distinción totalmente imprevisible; no por ello es menos cierto que es hacer un triste uso del poder mágico de figuración cuyo gusto tienen al-

gunos el ponerlo al servicio de la conservación y el refuerzo de lo que existiría sin ellos. Hay en ello una abdicación imperdonable. Es imposible en todo caso, en el estado actual del pensamiento, sobre todo cuando el mundo exterior parece de una naturaleza cada vez más sospechosa, seguir consintiendo en semejante sacrificio. La obra plástica, para responder a la necesidad de revisión absoluta de los valores reales sobre la que hoy están de acuerdo todos los espíritus, se referirá, pues, a un *modelo puramente interior*, o no será.

LEGÍTIMA DEFENSA

De fuera adentro, de dentro afuera, los surrealistas seguimos sin poder dar testimonio de otra cosa que de esa *conminación* total y para nosotros sin paralelo, en virtud de la cual estamos designados para dar y para recibir lo que ninguno de los hombres que nos precedieron dio ni recibió, para presidir a una especie de intercambio vertiginoso, sin el cual nos desinteresaríamos del sentido de nuestra vida, aunque sólo fuese por pereza, por rabia o para dar libre curso a nuestra debilidad. Esa debilidad existe: nos impide cortarnos cada vez que es oportuno, incluso ante las ideas que estamos seguros de no compartir con los demás y en cuanto a las cuales sabemos de sobra que, salvo por un grado de expresión —la acción— nos ponen fuera de la ley. Sin querer escandalizar a nadie, quiero decir sin tener especial interés en ello, que consideramos la presencia del señor Poincaré a la cabeza del gobierno francés como un grave obstáculo en materia de pensamiento, una injuria más o menos gratuita al *espíritu*, una broma feroz que no debe dejarse pasar. Se sabe, por otra parte, que no somos sospechosos de halagar a la opinión liberal de estos tiempos y se entiende que la pérdida del señor Poincaré no nos parece realmente consumable sino por el intermediario de la del mayor número de sus adversarios políticos. No por ello es menos cierto que los rasgos de ese hombre bastan admirablemente para fijar nuestra repugnancia. El siniestro "Loreno" es ya para nosotros un viejo conocido: teníamos veinte años. Sin dejarnos engañar por los rencores personales y no aceptando a la vez hacer depender en toda ocasión nuestra angustia de las condiciones sociales que